



Pero el Txato volvía del trabajo unos días a una hora, otros a otra. Igual es que tomaba precauciones. Y como no fuera en

aquella calle oscura donde el Txato tenía el garaje, Joxian no lo quería abordar. Por fin una noche le pudo dirigir la palabra.

—Soy yo.

—¿Qué quieres?

A Joxian le temblaban las manos, le temblaba la voz y no paraba de tender la mirada a los lados de la calle, como con miedo de que lo vieran mantener conversación con el Txato.

—Nada. Decirte que lo siento, que no te puedo saludar porque me traería problemas. Pero si te veo por la calle, que sepas que te estoy saludando con el pensamiento.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un cobarde?

—Me lo digo yo todo el tiempo. Pero eso no cambia nada. ¿Te puedo dar un abrazo? Aquí no nos ve nadie.

—Déjalo para cuando te atrevas a hacerlo a la luz del día.

—Si te *podría* ayudar, te juro...

—No te preocupes. Me bastan tus saludos mentales.

El Txato se alejó con pasos tranquilos, su silueta borrosa (...)



Fernando Aramburu (1959)  
**Premio Nacional de Narrativa 2017**  
*Patria*

+Joxian 2018